

Entregó á su marido las proposiciones que Petit-Claud decía haber obtenido de los Cointet, y que fueron aceptadas en seguida por David con vivo placer.

—Tendremos con que vivir en un pueblo cerca del Houmeau, donde está situada la fábrica de los Cointet, y no deseo más que tranquilidad—dijo el inventor.—Si Luciano se ha castigado matándose, tendremos bastante fortuna para esperar la de mi padre; y si vive, el pobre muchacho tendrá que conformarse con nuestra medianía... Los Cointet se aprovecharán seguramente de mi descubrimiento; pero, después de todo, ¿qué soy comparado con mi país?... Un hombre. Si mi secreto aprovecha á todos ¡pues bien! ¡estoy contento! Mira, mi querida Eva, ni tú ni yo hemos nacido para ser comerciantes. No tenemos ni el amor de la ganancia, ni esa dificultad de soltar el dinero, hasta el más legalmente ganado, que son tal vez las virtudes del negociante, pues á estas dos avaricias se les da el nombre de Prudencia y Genio comercial.

Encantada por aquella igualdad de miras, una de las más dulces flores del amor, pues los intereses y la inteligencia pueden no estar acordes en dos seres que se aman, Eva rogó al carcelero que enviase á casa de Petit-Claud unas líneas en las que le decía que libertase á David, anunciándole su entero consentimiento á las bases del arreglo proyectado. Diez minutos después, Petit-Claud entraba en el horrible cuarto de David y decía á Eva:

—Váyase usted, señora, nosotros la seguiremos. Y bien, querido amigo—dijo á David, una vez estuvieron solos,—¿te has dejado coger! ¿Cómo has cometido la falta de salir?

—¡Eh! ¿cómo no había de salir? Mira lo que me escribió Luciano.

David entregó á Petit-Claud la carta de Cerizet; Petit-Claud la cogió, la leyó, la contempló, palpó el papel y se puso á hablar de negocios, mientras doblaba la carta como por distracción, y se la metía en el bolsillo. Después el procurador cogióse del brazo de David y salió con él, pues el descargo del alguacil había sido llevado durante aquella conversación. Al entrar en su casa, David se creyó en el cielo, lloró como un niño al abrazar á su hijo y al verse en su dormitorio después de veinte días de arresto, cuyas últimas horas habían sido deshonrosas, según las costumbres de la provincia. Kolb y Marión habían vuelto. Marión supo

en el Houmeau que Luciano había sido visto por la carretera de París, más allá de Marsac. El traje del gomoso llamó la atención de varios aldeanos que llevaban mercancías al pueblo. Después de haberse lanzado á caballo por el camino real, Kolb acabó por saber en Mansle que Luciano viajaba en una calesa de posta.

—¿Qué les decía yo? — exclamó Petit-Claud.—Ese muchacho no es un poeta, es una novela continua.

—En posta—decía Eva,—¿y dónde va aún esta vez?

—Ahora—dijo Petit-Claud á David,—venga conmigo á casa de los Cointet, le esperan.

—¡Ah, señor! — exclamó la bella señora Sechard, — defendiendo bien nuestros intereses, se lo ruego, tiene usted nuestro porvenir en sus manos.

—¿Quiere usted, señora, que la conferencia tenga lugar en su casa?—dijo Petit-Claud,—le dejo á David. Esos señores vendrán aquí esta noche, y ya verá si sé defender sus intereses.

—¡Ah! señor, me dará usted un gran placer.

—Bien—dijo Petit-Claud,— esta noche, á las siete, aquí.

—Muchas gracias—respondió Eva con una mirada y un acento que demostraron á Petit-Claud los progresos que había hecho en la confianza de su cliente.

—¿Ve usted como tenía razón al decirle que no temiese nada?—añadió Petit-Claud.—Su hermano está á cien leguas del suicidio, y, además, tal vez esta noche tengan ustedes una fortunita. Se ha presentado un comprador serio para su imprenta.

—Si fuese eso verdad—dijo Eva,—¿por qué no esperar antes de comprometernos con los Cointet?

—Olvida usted, señora—dijo Petit-Claud, que comprendió el peligro de su confidencia,—que no será usted dueña de vender la imprenta hasta después de haber pagado al señor Metivier, pues los utensilios están embargados.

De regreso en su casa, Petit-Claud llamó á Cerizet. Cuando el regente estuvo en el despacho, lo llevó al alféizar de la ventana y le dijo al oído:

—Mañana por la noche serás propietario de la imprenta Sechard, y poderosamente protegido para obtener el traspaso de la patente; pero supongo que no querrás ir á parar á galeras.

—¿Por qué?... ¿por qué á las galeras?—dijo Cerizet.

—Tu carta dirigida á David es una falsificación, y la tengo en mi poder. Si se interrogase á Henriqueta, ¿qué diría?... No quiero perderte—dijo en seguida Petit-Claud al ver palidecer á Cerizet.

—¿Desea usted aún algo de mí?—preguntó el parisiense.

—Pues bien, sí; he aquí lo que espero de ti—repuso Petit-Claud.—Escucha bien. Dentro de dos meses serás impresor en Angulema... pero deberás tu imprenta, y no la habrás pagado en diez años... Trabajarás durante mucho tiempo para tus capitalistas, y además te verás obligado á ser el hombre de paja del partido liberal... Yo soy quien redactará tu escritura de sociedad con Gannerac, y la haré de manera que la imprenta pueda ser tuya algún día... Pero si ellos fundan un periódico y tú eres su gerente, si yo soy aquí primer sustituto, te entenderás con el gran Cointet para publicar en tu periódico artículos de tal naturaleza que motiven su embargo y supresión... Los Cointet te pagarán muy bien ese servicio... Ya sé que serás condenado, que comerás en la cárcel; pero pasarás por un hombre importante y perseguido. Te convertirás en un personaje del partido liberal, en un sargento Mercier, en un Pablo Luis Courier, en un Manuel en pequeño. No te dejaré nunca retirar la patente. Finalmente, el día que se suprima el periódico, quemaré esta carta delante de ti... Tu fortuna no te costará cara.

El vulgo tiene ideas muy erróneas acerca de las distinciones legales de la falsificación, y Cerizet, que se veía ya en el banquillo de los acusados, respiró.

—Dentro de tres años seré procurador del rey en Angulema—prosiguió Petit-Claud,—y podrás necesitarme, piensa en ello.

—Comprendido—dijo Cerizet.—Pero usted no me conoce: queme esa carta delante de mí—repuso,—fítese de mi agradecimiento.

Petit-Claud miró á Cerizet. Fué uno de esos duelos de ojos en el que la mirada del que observa es una especie de escalpelo con el que intenta penetrar en el alma, y en el que los ojos del hombre que pone al exterior todas sus virtudes son un panorama.

Petit-Claud no contestó; encendió una vela y quemó la carta, diciendo:

—Le va en ello su fortuna.

—Se ha hecho usted dueño de un alma condenada—dijo el regente.

David esperaba con vaga inquietud la conferencia con los Cointet: lo que le preocupaba no era ni la discusión de sus intereses ni la de la escritura que iba á extenderse; sino la opinión que los fabricantes podrían formarse de sus trabajos. Se encontraba en la situación del autor dramático ante sus jueces. El amor propio del inventor y sus ansiedades en el momento de lograr su objeto, hacían palidecer cualquier otro sentimiento. Por fin, á las siete de la noche, en el momento en que se acostaba la condesa del Chatelet pretextando fuerte jaqueca, y dejaba hacer á su marido los honores de la mesa, ¡tan afligida estaba por las noticias contradictorias que circulaban acerca de Luciano!, los Cointet, el gordo y el grande, entraron con Petit-Claud en casa de su competidor, que se entregaba á ellos atado de pies y manos. Primeramente, se encontraron con una dificultad preliminar: ¿cómo firmar una escritura de sociedad sin conocer los procedimientos de David? Y una vez divulgados los procedimientos, David se encontraba á merced de los Cointet. Petit-Claud consiguió que se hiciese antes la escritura. El gran Cointet le dijo entonces á David que les mostrara algunos de sus productos, y el inventor le presentó las últimas hojas fabricadas, garantizando el coste de la fabricación.

—Vaya, ya está la base de la escritura—dijo Petit-Claud;—pueden ustedes asociarse bajo esos datos, introduciendo una cláusula de disolución en el caso de que las condiciones del privilegio no fueran cumplidas al fabricarse.

—Señor—dijo el gran Cointet á David,—una cosa es fabricar en pequeño, en casa de uno, trozos de papel de poco tamaño, y otra meterse á fabricar ese papel en gran escala. Juzgue por un solo hecho. Nosotros fabricamos papel de color, y compramos, para colorearlo, partidas de color muy idénticas. De este modo, el índigo para *azular* es sacado de una caja cuyos panes provienen de una misma fabricación. Pues bien, nunca hemos podido obtener dos preparados de tinte igual... En la preparación de nuestras materias se operan fenómenos que no adivinamos. La cantidad, la calidad de la pasta cambian al momento toda especie de preparación. Cuando tiene usted en un cubo una porción de ingredientes que no pido conocer, es usted el

dueño, puede usted obrar sobre todas las partes uniformemente, mezclarlas y amasarlas á su gusto, darles una forma homogénea... Pero ¿quién le garantiza á usted que sucederá lo mismo con una composición para quinientas resmas, y que sus procedimientos darán resultado?...

David, Eva y Petit-Claud se miraron diciéndose mil cosas con los ojos.

—Pongamos por ejemplo una comparación cualquiera—dijo el gran Cointet después de una pausa.—Corte usted dos haces de heno de una pradera, y colóquelos bien apretados en su habitación sin haber dejado que la hierba eche el fuego, como dicen los aldeanos; la fermentación se opera, pero no causa ningún accidente. ¿Se apoyaría usted en esta experiencia para amontonar dos mil haces en una granja de madera?... ya sabe usted que prendería el fuego en ese heno y la granja ardería como pólvora. Usted, que es un hombre instruido—dijo Cointet á David,—deduzca... En este momento, ha cortado usted dos haces de heno, y tememos que arda nuestra fábrica poniendo dos mil. En otros términos, podemos estropear más de un preparado, tener pérdidas, y encontrarnos con nada en las manos después de haber gastado mucho dinero.

David estaba aterrado. La práctica hablaba su lenguaje positivo á la teoría, cuya palabra estaba siempre en futuro.

—¡Que me condene si firmo semejante escritura de sociedad!—exclamó brutalmente Cointet el grueso.—Bonifacio, tú puedes perder tu dinero, si quieres, pero yo guardo el mío... Ofrezco pagar las deudas del señor Sechard, y seis mil francos... Tres mil francos más en billetes—dijo deteniéndose,—pero de aquí á un año. Esto supone ya bastantes riesgos. Podemos perder doce mil francos con nuestra cuenta de Metivier. ¡Esto hará un total de quince mil francos! Pero es todo lo que pagaré por explotar el secreto yo solo. ¡Ah! ¿es ese el invento de que hablabas, Bonifacio? Gracias, te creía más listo. No, eso no es ningún negocio.

—La cuestión, para ustedes—dijo entonces Petit-Claud sin asustarse por aquella salida,—se reduce á lo siguiente: ¿Quieren ustedes arriesgar veinte mil francos para comprar un secreto que puede hacerles ricos? Pero, señores, los riesgos están siempre en proporción de los beneficios... Es una postura de veinte mil francos contra la fortuna. El jugador pone un luis en la ruleta para obtener treinta

y seis; pero sabe que su luis está perdido. Hagan ustedes lo mismo.

—Pido reflexionarlo—dijo Cointet el gordo;—yo no soy tan listo como mi hermano. Yo soy un pobre y sencillo hombre que sólo sabe una cosa: fabricar á peseta el libro que vendo á dos. Veo en un invento que no está más que en su primera experiencia, una causa de ruina. Saldrá bien la primera preparación, mal la segunda, se continuará, se deja uno arrastrar, y cuando se ha pasado el brazo por esos engranajes, le sigue el cuerpo...

Contó la historia de un negociante de Burdeos que se arruinó por haber querido cultivar las landas, fiado en un sabio; citó seis ejemplos semejantes ocurridos en torno suyo, en el departamento de la Charente y la Dordoña, en industria y en agricultura; se excitó, no quiso oír nada, y las objeciones de Petit-Claud aumentaban su irritación en vez de calmarla.

—Prefiero comprar más cara una cosa más segura que ese descubrimiento, y no tener más que un beneficio pequeño—dijo mirando á su hermano.—Según mi opinión, nada parece bastante adelantado para establecer un negocio—exclamó para terminar.

—Pero, en fin, ustedes habrán venido aquí para algo—dijo Petit-Claud.—¿Qué ofrecen ustedes?

—Libertar al señor Sechard, y asegurarle, en caso de éxito, el treinta por ciento en los beneficios—repuso vivamente Cointet el grueso.

—¡Eh! señor—dijo Eva,—¿y de qué viviremos mientras duren los experimentos? Mi marido ha sufrido la vergüenza de la detención, puede volver á la cárcel, no será ya ni más ni menos, y pagaremos nuestras deudas...

Petit-Claud se llevó un dedo á los labios mirando á Eva.

—No son ustedes razonables—les dijo á los dos hermanos.—Han visto ustedes el papel, el padre Sechard les ha dicho que su hijo, encerrado por él, había fabricado en una sola noche y con ingredientes que costaban muy poco, un papel excelente... Ustedes han venido aquí para llegar á la adquisición. ¿Quieren ustedes comprar, si ó no?

—Vaya—dijo el gran Cointet,—quiera ó no mi hermano, yo arriesgo el pago de las deudas del señor Sechard; doy seis mil francos en dinero contante y sonante, y el señor Sechard tendrá el treinta por ciento en los beneficios; pero

escuchen bien esto: si en el término de un año no ha realizado las condiciones que pondrá él mismo en la escritura, nos devolverá los seis mil francos y el invento quedará nuestro, lo aprovecharemos como podamos.

—¿Estás seguro de ti?—le dijo aparte Petit-Claud á David.

—Sí—dijo David, que cayó en el lazo que le tendieron aquellos dos hermanos, y que temblaba ante la idea de que Cointet el gordo interrumpiera las negociaciones de las que dependía su porvenir.

—Pues bien, voy á redactar la escritura—dijo Petit-Claud á los Cointet y á Eva;—esta noche tendrán un duplicado cada uno, para que lo mediten todo el día; después, mañana por la tarde, á las cuatro, al salir de la audiencia, lo firmarán. Ustedes, señores, retiren los apremios de Metivier. Yo voy á hacer un escrito para que suspendan el proceso en la audiencia, y haremos constar las renunciaciones respectivas.

He aquí cuál fué el enunciado de las obligaciones de Sechard:

»Entre el señor David Sechard hijo, impresor en Angulema, que afirma haber encontrado el medio de encolar igualmente el papel en tina, y el medio de reducir el coste de la fabricación de toda especie de papel en más de un cincuenta por ciento con la introducción de materias vegetales en la pasta, ya mezclándolas con los trapos empleados hasta el día, ya empleándolas sin añadir trapos, y los señores Cointet hermanos, se ha constituido una Sociedad para la explotación de una patente fundada en dichos procedimientos, con las cláusulas y condiciones siguientes...»

Una de las cláusulas de la escritura despojaba completamente á David Sechard de sus derechos en el caso de que no cumplierse las promesas enumeradas en aquel escrito, cuidadosamente hecho por el gran Cointet y consentido por David.

Cuando le llevó la escritura, á las siete de la mañana del día siguiente, Petit-Claud hizo saber á David y á su mujer que Cerizet ofrecía veintidós mil francos al contado por la imprenta. La escritura de venta podía firmarse aquella misma noche.

—Pero—dijo,—si los Cointet supieran esta adquisición, serían capaces de no firmar la escritura, de atormentarle, de hacer que se vendiese aquí...

—¿Está usted seguro del pago?—dijo Eva asombrada, al ver terminado un asunto cuya realización le parecía imposible, y que, tres meses antes, lo hubiera salvado todo.

—Tengo los fondos en mi casa—respondió sin rodeos.

—Pero esto es cosa de magia—dijo David pidiendo á Petit-Claud la explicación de aquella dicha.

—No, es muy sencillo: los negociantes del Houmeau quieren fundar un periódico—dijo Petit-Claud.

—Pero yo me lo he prohibido—exclamó David.

—¡Usted, sí... pero su sucesor... Después de todo—continuó,—no se preocupe usted por eso, venda, cobre el precio, y deje á Cerizet que se desenrede de las cláusulas de la venta; ya sabrá arreglárselas bien.

—¡Sí! ¡sí!—dijo Eva.

—Si usted se ha prohibido publicar un periódico en Angulema—repuso Petit-Claud,—los capitalistas de Cerizet lo publicarán en el Houmeau.

Deslumbrada por la perspectiva de poseer treinta mil francos, de verse libre de apuros, Eva no consideró ya la escritura de sociedad más que como una esperanza secundaria: por eso los esposos Sechard cedieron acerca un punto de la escritura de sociedad que dió motivo á una última discusión. El gran Cointet exigió la facultad de poner á su nombre la patente de invención. Consiguio establecer que, desde el momento en que los derechos útiles de David quedaban perfectamente definidos en la escritura, la patente podía estar indiferentemente á nombre de cualquiera de los socios. Su hermano acabó por decir:

—¡Es él quien da el dinero para la patente, quien paga los gastos de viaje, y da todavía dos mil francos! Que se ponga á su nombre, ó no hay nada de lo dicho.

El lobo triunfó, pues, en toda la línea. La escritura de sociedad fué firmada á las cuatro y media de la tarde. El gran Cointet ofreció galantemente á la señora Sechard una docena de cubiertos de plata y un hermoso chal de Ternaux, para hacerle olvidar las molestias de la discusión. Apenas estuvieron firmados los duplicados, apenas hubo Cachán entregado á Petit-Claud los descargos y los escritos, así como las tres terribles letras hechas por Luciano, cuando la voz

de Kolb resonó en la escalera, después del ruido ensordecedor de un camión del despacho de Mensajerías, que se detuvo ante la puerta.

—¡Señoga! ¡Señoga! ¡quince mil francos!...—gritó,—enviados de *Poitiegs* en *dinego* contante *pog* el *señog* Luciano.

—¡Quince mil francos!—exclamó Eva levantando los brazos.

—Sí, señora—dijo el factor presentándose,—quince mil francos traídos por la diligencia de Bordeaux que iba bastante cargada. Abajo hay dos hombres que subirán los sacos. Eso se lo manda el señor Luciano Chardón de Rubempré... Le traigo un saquito de piel en el que hay quinientos francos en oro para usted, y probablemente una carta.

Eva creyó soñar al leer lo siguiente:

«Mi querida Eva: Adjunto te mando quince mil francos.

»En vez de matarme, he vendido mi vida. Ya no me pertenezco; más bien que el secretario de un diplomático español, soy su criatura.

»Vuelvo á empezar una existencia terrible. Tal vez me hubiera valido más ahogarme.

»Adiós. David se verá libre, y, con cuatro mil francos, podrá comprar sin duda una papelería y hacer fortuna.

»No penséis más, lo quiero, en vuestro pobre hermano,

»LUCIANO.»

—Está escrito—exclamó la señora Chardón, que acudió á ver los sacos—que mi hijo será siempre fatal, hasta haciendo el bien.

—¡De buena hemos escapado!—exclamó el gran Cointet cuando estuvo en la plaza del Murier.—Una hora más tarde, los reflejos de ese dinero hubieran alumbrado la escritura, y nuestro hombre se hubiera asustado. Dentro de tres meses, como nos ha prometido, sabremos á qué aternos.

A las siete de la tarde, Cerizet compró la imprenta y la pagó, quedando de cuenta suya el alquiler del último trimestre. Al día siguiente, Eva entregó cuarenta mil francos al recaudador general, para que comprara, á nombre de su marido, dos mil quinientos francos de renta. Después escribió á su suegro que le buscara en Marsac una finca de diez

mil francos para sentar en ella su fortuna personal. El plan del gran Cointet era de una sencillez formidable. Desde el primer momento, juzgó imposible la encoladura en la tina. La unión á la pasta de trapo de las materias vegetales poco costosas, le pareció el verdadero, el único medio de ganar una fortuna. Se propuso, pues, no parar atención en el coste de la pasta, y fijarse especialmente en la unión en la tina. He aquí por qué. La fabricación de Angulema se ocupaba á la sazón casi exclusivamente de los papeles de escribir llamados escudo, pollo, escolar, de cuba, los cuales, naturalmente, están todos encolados. Este género fué durante mucho tiempo la gloria de la papelería de Angulema. Así, pues, la especialidad, monopolizada por los fabricantes de Angulema desde hacía muchos años, favorecía las exigencias de los Cointet; y el papel encolado, como se verá, no entraba para nada en su especulación. El consumo de los papeles de escribir es excesivamente limitado, mientras que el de los papeles para imprimir no encolados casi no tiene límites. En el viaje que hizo á París para adquirir la patente á su nombre, el gran Cointet pensaba concertar negocios que determinarían grandes cambios en su manera de fabricar. Alojado en casa de Metivier, Cointet le dió instrucciones para quitar, en el espacio de un año, el consumo de los periódicos á los papeleros que los explotaban, bajando el precio de la resma de modo que no pudiera darla ninguna fábrica, y prometiendo á cada periódico un blanco y cualidades superiores á las *especies* más bonitas empleadas hasta entonces. Como las compras de los periódicos se hacen á plazos fijos, era necesario cierto período de trabajos subterráneos con las direcciones para llegar á conseguir el monopolio; pero Cointet calculó que tendría tiempo de deshacerse de Sechard mientras Metivier obtenía contratos con los principales periódicos de París, cuyo consumo se elevaba á doscientas resmas diarias. Cointet interesó á Metivier, como es natural, en aquel consumo en una proporción determinada, á fin de tener un representante hábil en la plaza de París, y no perder tiempo en viajes. La fortuna de Metivier, una de las más considerables en el ramo de papeleros, tuvo este negocio por origen. Durante diez años, tuvo, sin competencia posible, el consumo de los periódicos de París. Tranquilo sobre sus ventas futuras, el gran Cointet regresó á Angulema á tiempo para asistir al casamiento de Petit-

Claud, cuyo bufete había sido vendido, y que esperaba el nombramiento de su sucesor para tomar la plaza del señor Milaud, prometida al protegido de la condesa del Chatelet. El segundo substituto del procurador del rey en Angulema fué nombrado primer substituto de Limoges, y el guardasellos envió uno de sus protegidos á la audiencia de Angulema, donde estuvo vacante durante dos meses la plaza de primer substituto. Este intervalo fué la luna de miel de Petit-Claud. Durante la ausencia del gran Cointet, David hizo primero una prueba sin cola, que dió un papel para periódicos muy superior al que empleaban esas publicaciones, y después una segunda de papel vitela magnífico, destinado á las impresiones de lujo, del que se sirvió la imprenta de Cointet para una edición del feligrés de la diócesis. Las materias habían sido preparadas por David solo, en secreto, pues no quiso otros obreros con él que Kolb y Marión.

Al regresar el gran Cointet, todo cambió de fase: examinó los trozos de papel fabricados, y quedó medianamente satisfecho.

—Querido amigo—le dijo á David,—el comercio de Angulema es el papel de imprenta. Ante todo, se trata de fabricar un papel para imprenta un cincuenta por ciento más barato que el actual.

David intentó hacer un preparado de pasta encolada para imprenta, y obtuvo un papel áspero como un cepillo y en el que la cola estaba apelonada. El día que terminó la experiencia y que David obtuvo una de las hojas, fuése á un rincón: quería estar solo para devorar su pena; pero el gran Cointet fué á animarle, estuvo con él sumamente amable, consoló á su socio.

—No se desanime—dijo Cointet,—vaya siempre adelante, soy un buen muchacho y le comprendo, llegaré hasta el final...

—Verdaderamente—dijo David á su mujer cuando fué á comer,—tratamos con gente muy buena; nunca hubiera creído tan generoso al gran Cointet.

Y contó su conversación con su pérfido socio.

Transcurrieron tres meses en experiencias. David dormía en la papelería y observaba los efectos de las diversas composiciones de su pasta. Ya atribuía su fracaso á la mezcla del trapo y sus materias, y hacía una preparación compuesta en absoluto de estas últimas; ya intentaba encolar un prepa-

rado compuesto por completo de trapos. Y prosiguiendo su obra con una perseverancia admirable y bajo la inspección del gran Cointet, del que ya no desconfiaba el pobre hombre, llegó, de materia homogénea en materia homogénea, hasta agotar la serie de sus ingredientes, combinados con todos los diferentes preparados. Durante los seis primeros meses del año 1823, David Sechard vivió en la papelería con Kolb, si vivir puede llamarse á descuidar la comida, sus vestidos y su persona. Luchó tan desesperadamente con las dificultades, que para otros hombres que los Cointet hubiera sido aquello un espectáculo sublime, pues no preocupaba ninguna idea de lucro á aquel atrevido luchador. Hubo un momento en que no deseó más que la victoria. Espiaba con una sagacidad maravillosa los efectos tan caprichosos de las substancias transformadas por el hombre á su antojo en productos, en los que la naturaleza vese en cierto modo vencida en sus resistencias secretas, y dedujo hermosas leyes de industria, observando que no podían obtenerse esas especies de creaciones más que obedeciendo á las influencias ulteriores de las cosas, á lo que él llamaba la segunda naturaleza de las substancias. Por fin, á mediados del mes de Agosto, logró obtener un papel encolado en tina, completamente igual al que la industria fabrica hoy día y que se emplea como papel de pruebas en las imprentas; pero cuyas *clases* no tienen ninguna uniformidad y cuyo encolado no es siempre seguro. Este resultado, tan hermoso en 1823, teniendo en cuenta el estado de la papelería, había costado diez mil francos, y David esperaba resolver las últimas dificultades del problema. Pero circularon entonces por Angulema y por el Houmeau singulares rumores: David Sechard arruinaba á los hermanos Cointet. Después de haber devorado treinta mil francos en experiencias, obtenía al fin, decían, un papel muy malo. Asustados los demás fabricantes, empleaban los procedimientos antiguos, y envidiosos de los Cointet, hacían circular el rumor de la próxima ruina de aquella casa ambiciosa. El gran Cointet hacía traer máquinas para fabricar papel continuo, dejando creer que aquellas máquinas eran necesarias para los experimentos de David Sechard. Pero el jesuíta mezclaba su pasta con los ingredientes indicados por Sechard, incitándole siempre á que no se ocupase más que del encolado en tina, y expedía á Metvier millares de resmas para el periódico. En el mes de Septiembre, el

gran Cointet llamó á David aparte, y al saber por su boca que meditaba un experimento triunfador, le disuadió de que continuara aquella lucha.

—Mi querido David, vaya á Marsac á ver á su mujer y á descansar de sus fatigas, no queremos arruinarnos—le dijo amigablemente.—Lo que usted considera un gran triunfo, no es aún más que un punto de partida. Ahora esperaremos antes de entregarnos á nuevos experimentos. ¡Sea justo! vea los resultados. Nosotros no somos únicamente papeleros, somos también impresores y banqueros, y se dice que usted nos arruina.

David Sechard hizo un gesto de sublime candidez para protestar de su buena fe.

—No es que nos arruinen cincuenta mil francos tirados al río—dijo el gran Cointet contestando al gesto de David;—pero no queremos vernos obligados, á causa de las calumnias que corren acerca de nosotros, á pagarlo todo al contado, pues tendríamos que suspender nuestras operaciones. Ya estamos al término de nuestra escritura, y es preciso reflexionar por ambas partes.

—¡Tiene razón!—se dijo David, que, sumido en sus experimentos en grande, no se había ocupado del movimiento de la fábrica.

Y fué á Marsac, adonde, desde hacía seis meses, iba á ver á Eva todos los sábados por la noche y la dejaba el martes por la mañana. Bien aconsejada por el viejo Sechard, Eva había comprado, precisamente enfrente de las viñas de su suegro, una casa llamada la Verberie, acompañada de tres fanegas de jardín y de un cercado de viñas enclavado en el viñedo del anciano. Vivía con su madre y Marión muy económicamente, pues debía cinco mil francos, resto del precio de aquella encantadora propiedad, la más bonita de Marsac. Entre patio y jardín, la casa estaba construída con toba blanca, cubierta con pizarra y adornada de esculturas que la facilidad de tallar la toba permite prodigar sin grandes gastos. El bonito mobiliario llevado de Angulema parecía aún más bonito en el campo, en donde nadie desplegaba aún en aquel país el menor lujo. Delante de la fachada del lado del jardín, había una hilera de granados, de naranjos y de plantas raras que el anterior propietario, un general viejo, muerto á manos del señor Marón, cultivaba en persona. Fué ante un naranjo, en el momento en que David jugaba con su

mujer y su hijo, ante su padre, que el alguacil de Mansle llevó una citación de los hermanos Cointet á su socio para constituir el tribunal arbitral ante el que, según los términos de la escritura de sociedad, debían someterse las desavenencias. Los hermanos Cointet pedían la devolución de los seis mil francos y la propiedad de la patente, así como las futuras contingencias de su explotación, como indemnización de los exorbitantes gastos hechos por ellos sin ningún resultado.

—¡Se dice que los arruinas!—dijo el viñero á su hijo.—¡Pues bien! esa es la única cosa que has hecho que me es agradable.

Al día siguiente, Eva y David estaban, á las nueve, en la antesala del señor Petit-Claud, convertido en defensor de la viuda y tutor del huérfano, y cuyos consejos les parecieron los únicos que debían seguir. El magistrado recibió admirablemente á sus antiguos clientes, y quiso absolutamente que los señores Sechard le diesen el placer de almorzar con él.

—¡Los Cointet les reclaman seis mil francos!—dijo sonriendo.—¿Qué deben ustedes aún del precio de la Verberie?

—Cinco mil francos, señor, pero tengo dos mil—respondió Eva.

—Guárdese sus dos mil francos—respondió Petit-Claud.—¡Vamos, cinco mil! Necesitan ustedes aún diez mil francos para instalarse bien allá abajo. Pues bien, dentro de dos horas, los Cointet les entregarán á ustedes quince mil francos...

Eva hizo un gesto de sorpresa.

—En cambio de su renuncia á todos los beneficios en la sociedad, que quedará disuelta amistosamente—dijo el magistrado.

—¿Y será legalmente esto?

—Legalmente—dijo el magistrado sonriéndose.—Los Cointet les han dado á ustedes muchos disgustos, y quiero poner término á sus pretensiones. Escuche usted. Hoy ya soy magistrado y debo decirle la verdad. En este momento, los Cointet les engañan y ustedes están entre sus manos. Podrían ustedes ganar el pleito que ellos intentan aceptando la guerra; pero ¿quieren ustedes pasarse diez años pleiteando? Se multiplicarán los dictámenes y los arbitrajes y estarán ustedes sometidos al fallo de las opiniones más con-

tradictorias... Y, por otra parte—dijo sonriéndose,—no veo aquí ningún procurador que pueda defenderles, porque mi sucesor carece de medios. Mire usted, un mal arreglo vale más que un buen pleito...

—Yo aceptaré todo arreglo que me procure la tranquilidad que necesito—dijo David.

—¡Pablo!—gritó Petit-Claud á su criado,—vaya usted á buscar al señor Segaud, mi sucesor. Mientras que nosotros almorzamos—dijo dirigiéndose á sus antiguos clientes,—él irá á ver á los Cointet, y dentro de algunas horas podrán ustedes partir para Marsac, tranquilos, pero arruinados. Con diez mil francos podrán ustedes procurarse unos quinientos de renta, y con esto y su casita propiedad, vivirán felices.

Como Petit-Claud había dicho, al cabo de dos horas se presentó Segaud con unas actas firmadas por los Cointet, y con quince billetes de mil francos.

—Mucho te debemos—dijo Sechard á Petit-Claud.

—Pero ¡si acabo de arruinaros!—respondió Petit-Claud á sus antiguos clientes asombrados.—Os he arruinado, os lo repito, y ya lo veréis con el tiempo; pero como os conozco, sé que preferís vuestra ruina á una fortuna que tal vez llegaría á vuestro poder demasiado tarde.

—Señor, nosotros no somos interesados; le damos las gracias por habernos procurado medios de ser felices, y siempre le estaremos agradecidos—profirió Eva.

—¡Dios mío! no me bendigan ustedes—dijo Petit-Claud, porque me hacen sentir remordimientos, á pesar de que creo haberlo reparado hoy todo. Si he llegado á ser magistrado, ha sido gracias á ustedes, y si alguien debe estar agradecido, ese soy yo.

En 1829, en el mes de Marzo, el anciano Sechard murió, dejando unos doscientos mil francos en bienes raíces, los cuales, unidos á la Verberie, formaron una magnífica propiedad, que estaba muy bien administrada por Kolb hacia dos años. Con el tiempo, el alsaciano cambió de opinión acerca del padre Sechard, y éste, por su parte, le tomó cariño al alsaciano al ver que era ignorante como él y propenso á emborracharse. El antiguo impresor enseñó al antiguo coracero á cultivar sus viñedos y á vender sus productos, y le formó con la idea de dejar á sus hijos un buen administrador, pues durante sus últimos días, sus temores fueron grandes y pueriles acerca de la suerte de sus bienes.

Más de una vez había tomado por confidente al molinero Courtois, y le había dicho:

—Ya verá usted qué mal irán las cosas de mis hijos cuando yo esté enterrado. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Tiembo por su porvenir!

David y su mujer encontraron cerca de cien mil escudos de oro en casa de su padre, y, como ocurre siempre, el rumor público aumentó de tal modo el tesoro del anciano Sechard, que se volvió en un millón en todo el departamento del Charente. Eva y David tuvieron cerca de treinta mil francos de renta, uniendo su pequeña fortuna á su herencia, pues esperaron algún tiempo para emplear sus fondos, y lograron invertirlos en papel del Estado cuando la revolución de Julio.

Sólo entonces supieron David y el pueblo á qué atenerse acerca de la fortuna del gran Cointet. Dueño de varios millones y diputado, el gran Cointet es par de Francia, y, según se dice, será ministro de comercio en la próxima combinación. En 1842 se casó con la hija de uno de los hombres de Estado más influyentes de la dinastía, con la señorita Popinot, hija de D. Anselmo Popinot, diputado por París y alcalde de un distrito.

El descubrimiento de David Sechard pasó á la fabricación francesa, como pasa el alimento á formar parte de un gran cuerpo. Gracias á la introducción de materias distintas del trapo. Francia puede fabricar papel más barato que ningún país de Europa; pero, según había previsto David Sechard, el papel de Holanda no existe ya, y tarde ó temprano será preciso, sin duda, erigir una manufactura regia de papel, del mismo modo que los Gobelinos, Sevres, la Jabonería y la Imprenta real, creaciones éstas que han soportado, hasta hoy, los golpes que les han dirigido los burgueses vándalos.

David Sechard, amado por su mujer y padre de dos niños, ha tenido el buen gusto de no hablar nunca de sus tentativas. Eva ha tenido el talento de hacerle renunciar á la terrible vocación de los inventores, esos Moisés devorados por su zarzal de Horeb. Cultiva las letras por gusto, pero hace la vida feliz y ociosa del propietario acomodado. Después de haberse despedido de la gloria, se ha afiliado valientemente al número de los soñadores y de los coleccionistas, se dedica á la entomología é indaga las transfor-

maciones secretas de los insectos que la ciencia conoce únicamente en su primer estado.

Todo el mundo ha oído hablar del éxito de Petit-Claud como fiscal; es rival del famoso Vinet de Provins, y toda su ambición estriba en llegar á ser presidente de la audiencia de Poitiers.

Cerizet, condenado varias veces por delitos políticos, ha dado mucho que hablar. El más atrevido de los muchachos perdidos del partido liberal, fué titulado el valeroso Cerizet. Obligado por el sucesor de Petit-Claud á vender su imprenta de Angulema, Cerizet buscó en la escena de provincias una vida nueva que podría llegar á ser brillante gracias á su talento de actor. Una primera actriz le obligó á ir á París, á pedir allí á la ciencia recursos contra el amor, y procuró reducir á metálico el favor que le dispensaba el partido liberal.

Respecto á Luciano, su vuelta á París es del dominio de las ESCENAS DE LA VIDA PARISIENSE.

1835—1843

FIN



FÁBRICA  
— de —  
**Papel-encaje continuo**  
en piezas de 100 metros

—  
**Vda. de Luis Tasso**  
Arco del Teatro, 21 y 23  
**BARCELONA**

—  
Pidase muestrario  
— y —  
Nota de precios

TALLERES DE FOTOGRAFADO

DE

**Vda. de Luis Tasso**

Arco del Teatro, 21 y 23

**BARCELONA**

Ejecución rápida y perfecta de foto-  
grabados en negro y en colores.

Especialidad en el procedimiento de

**TRICROMÍA**

verdadero éxito de la Casa.

Talleres montados á la altura de los  
más notables del extranjero.

**Pídanse muestras y precios**

**Viuda de Luis Tasso**

Arco del Teatro, 21 y 23, BARCELONA

Constante y variada existencia

de



**Rótulos de lujo**



**Carteles varios**

**LETRAS RECORTADAS**



**Cartones para anuncios**



**Etiquetas engomadas**

para tiendas y comercios de toda  
clase de artículos

Se remite gratis el Catálogo  
especial de esta sección



Los autores que deseen imprimir por su cuenta sus producciones, harán bien en pedir presupuesto á esta Casa, que posee abundante y escogido material, así para ediciones literarias como técnicas, y talleres de grabado para ilustraciones en negro y en colores.





